

de Francia. Esta diferencia se hizo patente después de la ruptura de las relaciones: Saligny, gozoso de haber creado un *casus belli*, salió de México, absteniéndose de todo intento para reanudarlas; Wyke se quedó solo y entabló negociaciones con Zamacona. Le arrancó la concesión exorbitante de que Juárez reparara las fechorías de Miramón, la de que comisarios ingleses fueran admitidos en las aduanas y de que los créditos reconocidos fuesen pagados inmediatamente de lo que produjera el empréstito pendiente con los Estados Unidos. Este empréstito debía ser garantizado con hipoteca sobre grandes territorios nacionales; el congreso mexicano temió que esta hipoteca produjese un desmembramiento y desechó el tratado; pero, para demostrar que lo hacía por patriotismo y no por un sentimiento hostil á Inglaterra, derogó la ley de 17 de julio en lo referente á las convenciones diplomáticas y á la deuda contraída en Londres (28 de diciembre de 1861). Zamacona presentó su dimisión, y Wyke, desengañado, salió de México confesando que no tenía más que motivos de elogio para el ministro mexicano.

VI.

«Es peligroso, dice Maquiavelo, fiar en las promesas de los emigrados. Tanto se exagera en ellos el deseo de volver á su patria, que creen naturalmente muchas cosas falsas, añadiéndolas artificiosamente otras, y así, lo que creen y lo que aparentan creer engendran vanas esperanzas. Un príncipe debe, pues, ser muy circunspecto para fundar en lo que ellos aseguran una empresa cualquiera; porque ésta no le producirá más que la deshonra y graves perjuicios». Vamos á asistir á una triste confirmación de esta sentencia del pensador florentino.

Hidalgo, diplomático distinguido, de ideas monárquicas y amigo del respetable Gutiérrez de Estrada, que era su defensor en Europa desde el año de 1840, había, siendo secretario de la legación de México, visto á la emperatriz Eugenia en Biárritz, en 1857, y como la hablara de las dificultades pendientes entre España y México:—«Hace mucho tiempo, había dicho ella, que es necesario que se establezca un trono en vuestro país.» Estas palabras no fueron olvidadas. Hidalgo se las transmitió á Almonte, y éste, guiado por ese fulgor de esperanza, emprendió,

después del fracaso de Miramón, la tarea de buscar una revancha para su partido, con ayuda de una intervención extranjera.

Almonte era hijo natural del cura Morelos, uno de los iniciadores de la independencia; había primeramente pertenecido al partido republicano, y en 1829 había sostenido enérgicamente el proyecto de expulsión de los españoles, diciendo:—«No permaneceré en esta asamblea, si perdona á los verdugos de mi padre»; pero, despechado por haber sido vencido por un competidor á la presidencia, se había afiliado entre los monarquistas y así había llegado á ser ministro de Miramón en París y aprovechándose hábilmente de la facilidad que tenía de acercarse á la emperatriz, para obtener su apoyo á la idea de una restauración monárquica en México. La emperatriz proporcionó á Almonte entrevistas con el emperador, al cual inspiró aquél tanta mayor confianza cuanto que todo lo que decía era corroborado por los informes de Saligny, cuya misión era presentar á México tal como lo pintaban los emigrados en París.

Almonte decía:—«La sociedad mexicana es todavía monárquica, por las costumbres, los sentimientos, las ideas, las leyes, la religión, los intereses, las tradiciones, la educación. Hace apenas cuarenta años que está separada de la monárquica España y es un error pretender que, en tan corto período de tiempo, todo eso haya sido ahí desarraigado, transformado, al grado de convertirla en una sociedad semejante á la de los Estados Unidos. Tiende, pues, sin cesar hacia la monarquía. Pidió un rey á España, á raíz de su independencia, y no habiéndolo obtenido, creó el imperio de Iturbide, y aunque esta experiencia no haya tenido éxito por falta de monarca, la idea monárquica ha sobrevivido, como lo prueba el hecho de que el sistema de dictadura vitalicia, que fracasó con Santa Anna, tenga ahora en el mismo Santa Anna uno de sus propagadores.»

Y Almonte añadía que la ambición de los Estados Unidos era el único obstáculo á tal renovación; que éstos eran adversarios del partido monárquico porque querían que México siguiera débil y dividido para devorarlo más fácilmente; que cada vez que una monarquía había surgido ó anunciado solamente su aparición, ellos la habían combatido; que el Gral. Scott, en su proclama de Jalapa, cuando la guerra que se terminó con la anexión de Texas, había dicho al pueblo mexicano:—«Hay entre

vosotros un partido monárquico, y como los Estados Unidos no pueden permitir que ese partido se levante y se transforme en gobierno, yo he venido á combatir con las armas ese partido, he venido á aniquilarle»; que en 1860, el enviado americano La Reintrie notificaba á los miembros del cuerpo diplomático de México que su gobierno «no negaba á las potencias europeas el derecho de pedir se les diera satisfacción por los daños y perjuicios sufridos por sus nacionales, ni tampoco el de obtener tal satisfacción por la fuerza, pero que sí les negaba el de entrometerse directa ó indirectamente en la independencia política de la república mexicana, y que defendería con todas sus fuerzas la nacionalidad y la independencia de dicha república.»

Finalmente, Almonte aseguraba que la monarquía era en México, al mismo tiempo, necesaria é imposible: necesaria, porque sin ella no podía vivir el país; imposible, porque los Estados Unidos no la permitían. Pero que, estando en aquellos momentos desgarrados por una guerra intestina, se tenía una ocasión única, por decirlo así, providencial, para volver en sí á un pueblo oprimido, para ayudarle á seguir sus inclinaciones naturales, á librarse de una facción que ocultaba su carácter de minoría con el estruendo de sus violencias; y que sería ésa una obra de justicia, una labor humanitaria, digna del soberano que se había impuesto la misión de manumitir á los pueblos.

Y para mejor captarse la voluntad del emperador, Almonte había exhumado, de uno de sus escritos de Ham, referente al canal de Nicaragua, el proyecto de un Estado central latino, que, dividiendo la América en dos partes, se elevara como una muralla contra la ambición de los Estados Unidos; y decía que, volviendo á esa admirable concepción, el emperador protegería al viejo mundo contra las invasiones insolentes del nuevo, aseguraría la defensa de las colonias europeas, como las Antillas y las Filipinas, abriría á nuestro comercio ricos mercados, establecería el equilibrio, no sólo de Europa sino del mundo, y haría tanto por su propia gloria cuanto por la felicidad de México.

VII.

De todos estos argumentos, no había ninguno que no fuera falaz. Precisamente porque los mexicanos habían estado du-

rante tres siglos sujetos á una monarquía despótica, la palabra y la cosa les causaban horror, y el ejemplo de Iturbide, que se invocaba en su favor, era una prueba de su imposibilidad. Iturbide, personalmente, á pesar de la repugnancia que inspiraba su gobierno, era tan poco aborrecido, que, al derrocarlo y desterrarle, se le decretó una pensión de cien mil pesos anuales; y sin embargo, cuando intentó recoger su corona, se le fusiló. Existía, sin duda, un partido monárquico; pero se debilitaba día á día, y su historia no era más que la de una larga serie de derrotas. Desde 1829 se había adquirido la prueba de su incapacidad para hacerse aceptar ó imponerse, y de la puerilidad de sus ilusiones. Había hecho creer al gabinete de Madrid que bastaría que fuerzas españolas se presentaran en Veracruz para que el país entero se levantara contra la república. El brigadier Barradas partió de La Habana el 5 de julio de 1829 con cuatro mil hombres; desembarcó en la desierta playa del cabo Rojo, y creyendo segura la adhesión de los habitantes, despidió sus barcos por inútiles. Cercado en Tampico por Santa Anna, habiendo perdido dos mil quinientos hombres á causa del combate ó del vómito negro, capituló al fin con armas y bandera. Desde esta aventura y bajo la infiltración continua de las ideas americanas, la repulsión contra la monarquía se había aumentado y se manifestaba tanto en el odio que se tenía á los españoles, como en las simpatías que se sentían por los franceses, apóstoles del nuevo régimen. En la hacienda de San Vicente, siete españoles fueron asaltados, pero sólo seis fueron asesinados, porque al otro se le ocurrió gritar que era francés (1).

Crear que la guerra de Secesión creaba probabilidades de éxito era infantil. Al día siguiente de la emancipación de la América del Norte, Vergennes decía: «Estos países serán presa de los anglo-sajones, que, como han acabado con los indios, acabarán con los latinos en toda la América». Esta profecía habría podido ser desmentida si hubiéramos conservado la Luisiana, en donde habríamos podido trabajar en la constitución de un Estado central europeo en medio de las dos Américas. Antes de resolverse á cederla, el Primer Cónsul, comprendiendo la

1 Discurso del marqués de la Habana en el Senado español, 22 de diciembre de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

gravedad del acto que iba á realizar, conferenció con dos ministros: Barbé-Marbois y Drecals. Este se opuso enérgicamente al abandono de una posesión tan valiosa; Barbé-Marbois, al contrario, aconsejó que se vendiera, invocando necesidades militares del momento. Bonaparte se adhirió á esta opinión. «Acaso, dijo, se me objetará que los americanos, dentro de dos ó tres siglos, llegarán á ser demasiado poderosos con respecto á Europa; pero mi previsión no puede abrazar temores tan remotos, y, además, puede esperarse que surjan en la Unión rivalidades intestinas». Firmada la cesión, los plenipotenciarios se levantaron, se estrecharon la mano, y el americano Livingstone, con la faz radiosa, exclamó: «He vivido largo tiempo; pero éste es el día más bello de mi vida. Desde hoy, los Estados Unidos son una potencia de primer orden». Desde entonces, en efecto, el predominio de los Estados Unidos en América tomó un carácter fatal. ¿Podía, en 1861, creerse seriamente que se lograría destruir la potencia colosal que el Primer Cónsul había ayudado á fundar en 1801? Para plantarse en el centro de América, dividirla en dos y detener la expansión de los Estados Unidos, habría sido necesario sostener contra ellos una guerra formidable, en la cual habríamos sucumbido.

La Secesión, que se presentaba como una probabilidad de éxito, volvía la empresa más descabellada. La victoria del Norte no era dudosa para los espíritus observadores, y si en las cancillerías no se creía en ella, nosotros, es decir, el público, no habíamos cesado de considerarla indefectible. Al día siguiente de esta victoria, la confederación, reformada, teniendo un ejército numeroso, listo y aguerrido, habría pronto arrojado al mar á la nueva monarquía. E igual cosa y con más seguridad, habría sucedido si el Sur hubiera triunfado. Del Sur habían partido los filibusteros que habían preparado la anexión de Texas; había sido un presidente suriano, Buchanan, quien, en otro tiempo, en un mensaje, había denigrado á México más que ningún emigrado mexicano lo denigraba en París para preparar un nuevo desmembramiento y una nueva anexión; y el primer uso que habría hecho la confederación esclavista, de su ejército ebrio de triunfo, habría sido desembarazar á su vecina de la intrusa monarquía, mediante un salario territorial que habría consolidado su propia vitalidad.

Para constituir un imperio latino, habría sido necesario tener

latinos. Fuera de Italia, ya no los había en Europa, y existían menos que en cualquiera otra parte en México, cuya población está compuesta, en su gran mayoría, de indios y de mestizos. En realidad, se jugaba con las palabras: latino significaba católico, y en ese sentido sí hay razas latinas que oponer á las razas anglo-sajonas. Lo que se pedía, pues, al emperador, era que se lanzara á una guerra de religión en provecho del catolicismo y contra el protestantismo, y que practicara en América, por medio de la institución de un gobierno clerical y monárquico, la detestable política de proselitismo que había inspirado á Luis XIV la revocación del Edicto de Nantes. Ese era en el fondo al pensamiento de los emigrados. No trataban de restaurar la monarquía, sino de establecer una en la cual fuese el catolicismo religión de Estado, que restituyera al clero la educación y el estado civil, sus inmunidades y su patrimonio, y que anulara la venta de los bienes de la iglesia. No descubrían demasiado tales intenciones, pero era el punto secreto sobre el cual estaban de acuerdo, sin darse cuenta de que, si arrastraban por sorpresa al emperador á realizar esa especie de Dragonadas, se abstendría de continuarlas luego que viera á donde se le quería llevar.

En vano busco un *gran pensamiento* en el cúmulo de incoherencias que implicaba una expedición que tenía por objeto crear un imperio de antiguo régimen en el centro del continente americano. Porque, en cualquier caso, el éxito era radicalmente imposible, y en política lo que es imposible no es grande: es necio. No había, pues, que hacer caso de los sueños de los emigrados: engañaban y se engañaban. El gobierno republicano no era la expresión de una minoría opresora; representaba la verdadera opinión del país, manifestada por medio del sufragio universal, en escrutinios secretos. Su jefe, leal y capaz, acababa de triunfar de la insurrección, de reconquistar su capital, de poner fin á la guerra civil; contenía valientemente las pasiones anárquicas, resultantes de un largo período de lucha; y había que tomar en cuenta que la fuerza de las circunstancias ponía trabas á su voluntad, que concluir con el un concordato financiero, que aconsejarle que negociara con el papa un concordato eclesiástico, que enviarle en fin hombres de negocios para ayudarle á restablecer el orden, y no soldados para derrocarlo. Y era ésa la opinión de todos los extranjeros serios, no mezclados en las

especulaciones de bonos mexicanos. Una expedición militar no respondía ni á las exigencias de la justicia ni á las de la política. Se comprende el empleo de la fuerza contra quien puede pagar y se rehusa á hacerlo; pero es inicuo é irracional emplearla contra quien no tiene un cuarto.

Pero el emperador, extraviado por los informes furibundos de agentes apasionados, envuelto en una nube de mentiras y de ilusiones, se negó á escuchar las explicaciones del enviado mexicano La Fuente. Contra toda justicia y toda razón, se obstinó en imputar á Juárez las fechorías de sus adversarios; no quiso recordar que sólo para Dios es factible restablecer el orden en el caos y que al día siguiente de una tempestad la mar queda durante algún tiempo gruesa y mugidora. Hasta llegó á considerar al presidente mexicano, á quien habría respetado si le hubiese conocido, como un infame, como un perjuró, como un monstruo atroz vomitado por la anarquía; y eso lo creyó tan sinceramente como otros, por haberlo oído decir á Víctor Hugo, creían que él era un Tiberio.

La idea de establecer una monarquía en México no le arredró, por lo tanto, y aceptó colaborar en la empresa. Pero no hay monarquía sin monarca.—«¿Tenéis uno?» preguntó; é Hidalgo, Almonte y Gutiérrez de Estrada designaron á Maximiliano. Recurrir á un archiduque de Austria era una vieja idea de los monarquistas mexicanos: ya se la encuentra en el plan de Iguala, proclamada por Iturbide. Gutiérrez de Estrada la había antaño sostenido. Maximiliano, príncipe que tenía reputación de liberal, de entusiasta, de ligero, de ambicioso, casado con una mujer más ambiciosa todavía, disgustado con Francisco José, ante quien se presentaba como competidor, aceptaría, no cabía duda, la corona que se le ofrecía, y que le permitiría salir airoosamente de su falsa situación. El emperador, no sólo no hizo objeción á tal candidatura, sino que, por razones que no dijo, ella acabó de decidirle á prestar su apoyo á la empresa. Hizo que se sondeara la voluntad de Francisco José. Este, encantado de alejar á su hermano, contestó que, por su parte, daba su aprobación, pero que respetaría la libertad de Maximiliano. Rechberg, enviado á Miramar, comunicó el proyecto al archiduque, quien ya lo conocía indirectamente y lo aceptó sin vacilar, bajo dos condiciones: que sería lla-

mado por el pueblo mexicano y sostenido por Francia é Inglaterra (18 de septiembre de 1861).

VIII.

Pusiéronse manos á la obra. Thouvenel, después de haber aprobado la ruptura de relaciones diplomáticas operada por Saligny y Wyke, propuso al gabinete inglés regularizar el acuerdo iniciado en México entre ambos representantes y concertar una expedición común, tal como la que había tenido tan buen éxito en China. Preguntaba además si no se pulsaba inconveniente en que se les asociara España, que hacía en La Habana preparativos para vengar la expulsión tan merecida de Pacheco (5 de septiembre de 1861). Puesto al corriente de estos proyectos por su embajador en París, el perspicaz Mon, el gabinete español tomó la delantera y ofreció su cooperación en términos que le parecían aceptables.

La expedición tendría dos objetos: 1º satisfacer á las potencias quejosas; 2º poner á los partidos beligerantes en condiciones de organizar un gobierno que ofreciese seguridad en el interior y garantías en el exterior, siendo lo segundo tan importante como lo primero. (1)

El emperador, que aprovechaba toda ocasión de manifestar su simpatía al país de la emperatriz, había recibido favorablemente estas sugerencias. Seguro de la aceptación de Maximiliano, salió de las generalidades y Thouvenel explicó detalladamente cómo se obtendría el segundo de los fines que España señalaba á la expedición: «Se tenían motivos para creer que, desde la llegada de los aliados á México, surgiría un partido monárquico, cuyo triunfo vería con gusto el gobierno francés. Este, previendo tal cosa, había examinado cuáles eran los príncipes de familias reinantes que estaban en situación de ocupar el nuevo trono, y como había pensado que un príncipe de las naciones expedicionarias provocaría rivalidades, creía preferi-

1 Esta comunicación de Mon se explica por las del 16 de septiembre y del 9 de octubre al embajador español en Londres, Istúriz, y por la del ministro de Francia, Barrot, del 9 de octubre.—NOTA DEL AUTOR.

ble no contar con ninguno de ellos, y parecíale que Maximiliano se presentaba como primero y más apto, por sus cualidades personales, edad, costumbre de mandar etc. etc.» (13 de octubre de 1861). Madrid no hizo objeción ninguna, aunque más tarde, sin gran insistencia, Calderón Collantes propuso á un príncipe de la casa de Borbón. (1)

Londres no dió una contestación tan favorable: allá se consentía en proseguir de común acuerdo el cobro de las deudas, pero no se aceptaba ingerencia directa ni indirecta en la tarea de dotar á los mexicanos de un buen gobierno: ése era asunto de ellos y no de Inglaterra. Lord Russell multiplicó las explicaciones para que no hubiera malas inteligencias. «En pocas ocasiones, decía, podría emprenderse una intervención extranjera con menores probabilidades de éxito. De los dos partidos que dividen el país, el uno temerá que la intolerancia religiosa se restablezca al establecerse una iglesia preponderante; el otro temerá que se instituya la libertad de cultos y ambos se unirán para rechazarnos. Los Estados Unidos no podrán ver sin alarmarse que Europa se entrometa en las discusiones domésticas de una república vecina. Aun sin reconocer las extravagantes pretensiones de la doctrina Monroe, no sería prudente provocar ese sentimiento hostil sin una causa excepcionalmente grave y sin un fin racionalmente accesible. Mas si el hecho de procurar, por medio de operaciones navales y militares, el cumplimiento de los compromisos que México ha contraído con nosotros, hiciera surgir ahí un gobierno fuerte, S. M. se regocijaría de ello, aunque ahora cree que es más fácil obtener ese resultado guardando el respeto debido á una nación independiente, que enviándola fuerzas invasoras» (2).

Hasta parece que Lord Russell se negaba á firmar la convención si Thouvenel y los españoles no se comprometían solemnemente á no coartar en manera alguna la voluntad de los mexicanos. En todo caso, los ingleses exigían que las tres potencias estipularan que no emplearían sus armas en algo que no fuera el cobro de las sumas que México les debía.

1 Comunicación á Mon, 9 de diciembre de 1861; discurso de Mon, 7 de enero de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

2 Comunicación de Lord Russell á Cowley, 30 de septiembre de 1861.—NOTA DEL AUTOR.

Thouvenel objetó á esta exigencia que se desalentaría el país, que hacía esfuerzos por salir de la anarquía, si se le quitaba toda esperanza de apoyo. «Por lo demás, añadía, ¿á qué explicarse sobre eventualidades que probablemente no se realizarán?. Digamos lo que haremos y no lo que no haremos en inciertos supuestos». (1) Esta última consideración, que dejaba á Inglaterra libre de detenerse si la expedición tomaba un giro que no la conviniera, la decidió á ratificar la convención, que, aunque negociada en París, fué firmada en Londres, como queriendo dar á entender que consagraba ideas é intenciones inglesas.

No comprendo cómo se ha encontrado ambigüedad en este tratado. Es perfectamente límpido y no podía dar margen á equívoco alguno, ateniéndose á su letra. Estaba fundada en la necesidad en que la conducta arbitraria y vejatoria de las autoridades de la república mexicana habían puesto á las potencias, de exigir una protección más eficaz para las personas y bienes de sus nacionales, así como la ejecución de obligaciones ya contraídas. Fuerzas de tierra y mar, combinadas, cuyo número se fijaría ulteriormente, tenían que tomar y ocupar las fortalezas y demás posiciones militares de los mexicanos, estando los comandantes de las fuerzas aliadas autorizados para efectuar las otras operaciones que, en caso dado, se juzgaran conducentes al fin especificado ó solamente á dar seguridades á nuestros súbditos. Las partes contratantes se comprometían á no procurar por sí mismas ninguna adquisición de territorio ni ninguna ventaja particular y á no ejercer en los negocios interiores de México ninguna influencia capaz de menoscabar al derecho de la nación mexicana para escoger y constituir libremente la forma de su gobierno». Esta convención tenía que ser comunicada á los Estados Unidos, invitándoles á que se adhieran á ella.

Los Estados Unidos negaron su adhesión. La independencia de México ha sido siempre uno de los fines esenciales de su política: sólo ellos creen tener el derecho de destruirla. Sin embargo, el hábil secretario de Estado de Lincoln, Seward, no creyó oportuno recordar tal cosa. En una forma grave, que apenas dejaba sentir cierta ironía, manifestó su satisfacción de que las altas partes contratantes no quisiesen ejercer influencia algu-

1 Thouvenel á Flahaut, 14 de octubre de 1861.—NOTA DEL AUTOR.

na en menoscabo del derecho que tenía el pueblo mexicano para escoger y establecer libremente su gobierno; pero añadió que el de los Estados Unidos no podía adherirse á la convención, porque «desea hasta donde es posible mantener su política tradicional, recomendada por el padre de la patria y confirmada por una feliz experiencia, que le veda celebrar alianzas con las naciones extranjeras; y aunque es cierto que tiene motivos de queja contra México, no quiere escoger el momento en que este vecino, este amigo, que goza de instituciones iguales á las suyas, está amenazado de una guerra extranjera y sacudido por disensiones intestinas, para presentarle sus justas reclamaciones, y prefiere esperar hasta que la administración de Juárez tenga tiempo de cimentar su autoridad» (1)

IX

La elección de los plenipotenciarios era de importancia capital. Ninguna línea telegráfica unía directamente á México con Francia; un telegrama de París tenía que ir á Inglaterra, á Nueva York y á Nueva Orleans, y de ahí, por vapor, á Veracruz. La acción de los plenipotenciarios no podía, pues, ser dirigida desde París, Londres ni Madrid, y las resoluciones más importantes tenían que ser dejadas á su propia iniciativa.

El contra-almirante Jurien de la Gravière fué nombrado jefe de las fuerzas de tierra y de mar del pequeño cuerpo expedicionario francés, y ministro plenipotenciario lo mismo que Saligny. Los ingleses dieron también el mando de sus fuerzas al comodoro Dunlop, lo mismo que á Sir Charles Wyke. En caso de conflicto entre ambos plenipotenciarios, el voto preponderante pertenecía, entre los nuestros, al contra-almirante, y entre los ingleses al diplomático. Los españoles confiaron los poderes militares y diplomáticos más amplios al general Prim.

Nuestros plenipotenciarios eran de muy diferentes caracteres: Saligny, violento, apasionado, servidor de una causa, no observador de una situación, resuelto á no escuchar, á no ver nada de lo que fuera contrario á sus fines; Jurien, al contrario, era un espíritu culto y un escritor distinguido, y, suave, cortés, con-

1 Seward á los ministros de Francia, de Inglaterra y de España, 4 de diciembre de 1861, y á Corwin, 6 de abril de 1861.—NOTA DEL AUTOR.

ciliador y escrupulosamente leal, procuraba averiguarlo todo y todo comprenderlo, aunque, como buen cortesano y como militar disciplinado, era incapaz de oponerse á algo que se pareciese á una orden ó solamente á un simple deseo de su soberano.

Prim era un personaje más notorio y más embarazante. Habiendo comenzado humildemente su carrera, como simple soldado de la reina Cristina, se había escurrido hábilmente al través de los intersticios de la guerra civil y había rápidamente llegado á general y á conde de Reus. Entonces quiso mezclarse en los asuntos del Estado, se hizo elegir diputado y se volvió contra Cristina, su primera valedora, conspiró contra Narvaez y fué condenado á diez y seis años de prisión, de los cuales escapó gracias á las súplicas de su madre. Proscripto, estuvo al servicio de Turquía; pero como los destierros entre los españoles no duran nunca mucho tiempo, volvió á su patria cuando estaba O'Donnell en el poder, y como jefe de una división, tomó parte en la guerra de Marruecos.

Era un hombrecillo flaco, de carácter vivo, de color moreno, de maneras insinuantes. Su ignorancia era grande, pero grande era también su facilidad instintiva para penetrar á los hombres y aprovecharse de las situaciones, y su fanfarronería era tanta, que no habría podido llamarse española sin calumniar á España.

Estaba convencido de que podía aspirar á cualquiera posición, por más elevada que fuese, porque, siendo bravo, aunque no más que otros muchos, había ensalzado tanto sus hazañas, que había logrado que su nombre fuera sinónimo de bravura. Artero, como todo los que hacen alarde de lealtad, había sabido dar tal notoriedad á sus proezas fáciles en la expedición de Marruecos, que había obtenido el título de marqués de los Castillejos y llegado á grande de España. Estaba ligado á México por su matrimonio con una rica mexicana; y aunque este lazo habría sido en otro tiempo motivo suficiente para no darle el mando de la expedición, puesto que á los españoles empleados en México no se les permitía que se casaran con mexicanas, por temor de que sus intereses se volvieran incompatibles con los de la metrópoli; aunque esa exclusión hubiese sido, tratándose de Prim, tanto más natural, cuanto que, en 1858, cuando se había querido por primera vez emplear contra México medios coercitivos, él había sido el único que había sostenido en el Senado que «era inicu-

hacer responsable á una nación de los crímenes de una horda de bandidos; aunque, por lo mismo, no se había pensado en él sino en el mariscal Serrano, gobernador de La Habana, lo cierto es que Prim había ido á Vichy, se había captado la voluntad del emperador Napoleón y había obtenido que pidiese que fuera nombrado, concediendo, para lograr tal nombramiento, que España enviara seis mil hombres en lugar de dos mil cuatrocientos cincuenta y cinco, lo cual daba á la expedición un carácter casi exclusivamente español. Prim habría querido que ese carácter se acentuará más todavía nombrándole á él jefe de la pequeña tropa francesa; pero no se creyó posible dejar subordinado á un almirante francés, investido del mando militar y de plenos poderes políticos, á un general extranjero, entre otras razones porque Jurien no habría jamás consentido en ello.

X

Las instrucciones dadas á los plenipotenciarios ingleses fueron cortas y claras. Como no se tenía nada que ocultar, estaban calcadas en los términos de la convención de Londres: «Tendréis mucho cuidado en observar estrictamente el artículo de la convención que estipula que ninguna influencia se ejerza en los asuntos interiores de México. Si alguno de los partidos que ahí luchan, os pidiere *vuestra opinión*, diréis que cualquier gobierno regular que proteja los intereses y las vidas de los indígenas y de los extranjeros é impida que los súbditos británicos sean atacados ó molestados en sus ocupaciones, propiedades, religión, podría tener la seguridad de ser moralmente sostenido por el gobierno inglés». Y Lord Russell ni siquiera iba hasta donde llegaba la convención, que preveía la marcha de los aliados hacia el interior del país: prescribió formalmente que, si querían marchar sobre México los otros aliados, Inglaterra no les siguiera.

Las instrucciones francesas y españolas, absolutamente idénticas, se extendían en explicaciones confusas, como para ocultar sus secreto designio. Pero, hecha á un lado la fraseología capciosa, podían reducirse á dos términos muy simples: recomendaban que no se emplearan medios *directos* y coercitivos, sino para obtener las satisfacciones materiales á que se tenía derecho; que no se interviniera en los asuntos del país; que no se ejerciera presión ninguna sobre la voluntad de la población,

PERO se referían con desprecio y cólera al gobierno de Juárez, que no ofrecía ninguna garantía de estabilidad, y, añadían, que «si la parte sana de la población, fatigada de la anarquía, ávida de orden, se resolvía, en vista de la presencia de las fuerzas aliadas, á hacer un esfuerzo para salir del estado de disolución social en que su país estaba sumergido, lejos de desalentarla en tal esfuerzo, se la debía dar un apoyo moral que sería inhumano rehusarla» (1).

El verdadero pensamiento de la expedición se encontraba en ese PERO. La protección de los nacionales era el pretexto: el objeto principal era la ruina de la república mexicana, es decir, de Juárez, puesto que él era su personificación. «La expedición combinada, decía Billault en un discurso pronunciado en la cámara de diputados francesa en 27 de junio de 1862, había sido organizada contra el gobierno de Juárez; había partido con la esperanza de provocar una reacción para que el pueblo mexicano creara un gobierno serio y regular, y sabiendo que no se podía tener confianza alguna en las promesas de Juárez, que no era posible ninguna negociación con él y que era preciso derribarle por la fuerza».

En vano se añadía que, Juárez derribado, se dejaría libre al pueblo mexicano para darse la Constitución y el gobierno que quisiera; que no se atentaría á la libre manifestación de su voluntad. La conciencia humana, con la voz de la historia, contesta que esos son sofismas embusteros, que nada hay más atentatorio contra la independencia de un pueblo, que la invasión de su territorio á mano armada, con el designio de quitarle la Constitución que se ha dado y al hombre á quien ha otorgado su confianza. Pretender que se le devuelve su soberanía invitándole á votar al abrigo de las bayonetas extranjeras, es añadir la burla á la violación del Derecho. El principio de las nacionalidades no sanciona esos disfraces de la verdad, no la reconoce en la caricatura que se quiere hacer pasar por su faz verdadera. El poderoso orador español Ríos Rosas lo demostró en un discurso pronunciado en las Cortes el 13 de enero de 1863: «La idea de intervención es la idea madre del tratado; se encuentra en su fondo, si no en su superficie. Aunque se promete encerrarse en

1 Comunicación á Jurien, 11 de noviembre de 1861, y á Prim, 17 del mismo mes y año.—NOTA DEL AUTOR.

los límites de la razón y de la voluntad nacional, ésas no son más que las hipocrecías necesarias á todas las intervenciones». El *apoyo moral* que se ofrecía á los que se levantaran bajo la protección de los soldados extranjeros, era en realidad el apoyo material menos disfrazado; porque el *consejo* que se da con las armas en la mano, es una orden, y ninguna intervención opresora se ha ejercido sobre ningún pueblo sin cubrirla de protestas de respeto hacia la voluntad nacional. Cuando, en presencia de una guerra civil mucho más terrible y sanguinaria que la que desolaba á México, los aliados invadieron nuestro territorio, Brunswick decía en su manifiesto famoso á la nación francesa: «Convencidos de que *la parte sana* de la nación francesa abomina de los excesos de una facción que la subyuga, y de que el mayor número de los habitantes de este país espera con impaciencia la hora en que se les apoye, para declararse abiertamente contra las empresas odiosas de sus opresores, S. M. el Emperador y S. M. el rey de Prusia, les llaman y les invitan á volver sin tardanza al camino de la razón y de la justicia, del orden y de la paz. Y con estas miras, el infrascrito, general comandante en jefe de los dos ejércitos, declaro: 1º que arras-trados á la guerra actual por circunstancias irresistibles, las dos cortes aliadas *no se proponen más objeto que la felicidad de Francia*, sin pretender enriquecerse con su conquista; 2º *que no intentan inmiscuirse en el gobierno interior de Francia.*»

En 1814, los aliados, en nuestros departamentos invadidos, proclamaban también «que no venían á imponer un gobierno á Francia ni á violentar la voluntad de sus habitantes». En París, declaraban «*que obsequiando el deseo de la nación francesa, no tratarían ya con Napoleón ni con ningún miembro de su familia, y que reconocerían, garantizarían la Constitución que se diera el pueblo.*» Invitaban al Senado á que designara inmediatamente un gobierno provisional que proveyese á las necesidades de la administración y preparase la Constitución. Así, «la voluntad de los aliados, como dice el barón Fain, no aparecía sino como apoyando la nuestra, y la opresión que seiscientos mil extranjeros ejercían sobre nuestro infortunado país se llamaba la liberación de Francia».

Napoleón III iba, pues, á hablar al pueblo mexicano el lenguaje con que al francés le habían hablado Brunswick y los coaligados en 1814! El también llamaba *liberación* á la opre-

sión extranjera, fingía hipócritamente respeto por una independencia que pisoteaba, pronunciaba contra Juárez una sentencia de exclusión, semejante á la que, contra su tío, había pronunciado Alejandro de Rusia! Antes de saber como saldría de la trampa en que había caído al ocupar á Roma, iba á exponerse á caer en otra más lejana! Impotente para moderar en su origen el absolutismo teocrático, iba á restaurarlo en los confines del mundo, como para volver, por gusto, á encontrarse en intrincadas circunstancias! Su nombre, que era afirmación de los principios que los mexicanos trataban de implantar, iba á convertirse en enseña de una empresa de antiguo régimen! Acababa de inaugurar en Europa la política de las nacionalidades, y enviaba á México un ejército para hacer lo mismo que había impedido que los austriacos hicieran en Italia! Había escrito recientemente á Víctor Manuel: «No seré yo, hijo del sufragio popular, quien pretenda pesar sobre las decisiones de un pueblo libre», y, haciendo algo peor, iba, á sangre y fuego, á romper las instituciones de un pueblo libre!

¿Cómo explicarse que aquel espíritu justo, generoso, bien intencionado, se haya descarriado de manera tan lamentable? No tenía para ello motivo despreciable. Hay que hacer á un lado el asunto Jecker como causa determinante; pues, aunque parece probado que una especulación á que ese asunto dió margen, iba envuelta en la expedición; aunque se ha asegurado que Morny era uno de los principales interesados en esa especulación (1), y yo no puedo afirmar ni negarlo, sí puedo asegurar de la manera más formal, que el emperador no tomó ni un solo minuto en consideración el crédito Jecker, del cual no había oído hablar ciertamente, para resolverse á enviar sus tropas á México. No tenía tampoco ningún motivo de ambición. Los conservadores mexicanos, que fueron los primeros en pintar con negros colores sus designios, cuando renunció á sostener á

1 Una supuesta carta de Jecker, publicada entre los papeles secretos del Imperio, es la sola prueba que conozco contra Morny. Pero este documento carece de autenticidad. Gaulot, en su notable obra sobre México, cita una nota manuscrita de Bazaine así concebida: «Nunca se ha tratado en las comunicaciones ni en las instrucciones de los diferentes ministros al comandante en jefe del ejército, de algún interés que tuviera el Sr. duque de Morny en la solución de tal ó cual negocio financiero»
—NOTA DEL AUTOR.

todo trance sus extravagantes pretensiones, han contado que uno de los objetos de la intervención francesa fué apoderarse del Estado de Sonora. Seward hasta llegó después á escribir á ese respecto comunicaciones infundadas. Es posible que algunos embaucadores, atribuyéndose una importancia que no tenían, hayan concebido esa idea; pero es falso que el emperador ó sus ministros hayan pensado un instante en apropiarse ni una parcela del territorio mexicano.

La influencia de la emperatriz ha sido más especiosamente alegada como explicación de la conducta de Napoleón III en aquella coyuntura. Española, se dice, Eugenia abrazó con pasión el proyecto de ayudar á su patria siempre amada á vengar las injurias que de México había recibido; católica, creyó piadoso socorrer á la Iglesia perseguida; soberana francesa, quiso que volvieran á su marido las simpatías de los católicos, que se había enajenado con sus complacencias para con Italia. Y se añade que su imaginación inclinada á lo caballeresco se inflamó ante aquellas perspectivas de honor y de gloria; que empleó toda su fuerza de elocuencia y de seducción en convencer al emperador, tanto más accesible á su ascendiente cuanto que tenía faltas íntimas que hacerse perdonar. Pero Napoleón no sufría ciegamente la influencia de nadie, y cuando se le arrastraba adonde no quería ir, no tardaba en escaparse, porque sólo era firme su conducta cuando era hija de su reflexión. Si cedió, pues, á las instancias de la emperatriz, fué porque tenía también razones propias, que no eran el interés español ni el del clero mexicano; y si, para dar aspecto grandioso á una empresa que demasiado visiblemente comenzaba á aparecer como incorrecta y atolondrada, adoptó más tarde la tesis de los emigrados acerca de la influencia de la raza latina, que era preciso establecer en América, contrabalanceando el poder de los Estados Unidos, no pudo seriamente creer en tal cosa. Su verdadero motivo fué otro.

Inconsolable por no haber realizado su programa «de los Alpes al Adriático» y de no haber borrado de la historia de su raza la mancha de Campo Formio; resuelto, sin embargo, á no volver á Italia, andaba en busca de medios de obtener por la astucia lo que ya no pensaba en arrancar por la fuerza. Había propuesto al gabinete inglés que aconsejara al mismo tiempo que él la venta de la Venecia, y Palmerston y Russell se habían apre-

surado á acceder á ello, porque habían pensado que si el *statu quo* dejaba á Italia más ó menos dependiente del emperador, la liberación de la Venecia la devolvía la libertad de la ingratitude; pero la reina se había opuesto, aconsejada por el príncipe Alberto, que contrariaba siempre á los *dos maestros de italiano*. «Consignar en una nota, decía ella á Lord Russell en 10 de diciembre de 1860, una serie de argumentos para probar que Inglaterra encuentra conveniente que Austria venda ó ceda la Venecia, sólo podría servir como un argumento para justificar más tarde una agresión del Piamonte, con objeto de realizar lo que Inglaterra habría recomendado». En el otorgamiento de un trono al archiduque Maximiliano, Napoleón entrevió una manera inesperada de encaminarse á la manumisión de la provincia cautiva; esperó que, satisfecho del donativo hecho á su familia (1), Francisco José consentiría tal vez más tarde en deshacerse de la Venecia, á cambio del derecho de extenderse siguiendo el Danubio. «El espectro de la Venecia, escribía Nigra á Ricasoli, vaga por los salones de las Tullerías». Ese espectro tomó la mano de Napoleón III y la hizo que firmara la orden de derrocar á Juárez para que cediera el lugar al archiduque austriaco (2).

1 Grammont, embajador en Viena, escribía á Thouvenel con fecha 26 de enero de 1862: «Por lo que ve al asunto de México, se nos agradece mucho, y el archiduque Maximiliano es quien más nos lo agradece».—NOTA DEL AUTOR.

2 Thouvenel á Flahaut, en 26 de septiembre de 1861: «Austria tiene bastantes archiducos para dar uno á los mexicanos, y, en lo que nos concierne, no tendríamos nada que objetar. *Quién sabe si una combinación de ese género nos ayudaría al arreglo de la cuestión de Italia.*» El mismo Thouvenel á Grammont, 24 de diciembre de 1861: «La intención bien determinada del emperador, cuando las circunstancias lo permitan, es liquidar en Oriente la cuestión de Italia».—Ricasoli á Nigra, febrero 10 de 1862: «Por lo que ve á México, veo ahí el desarrollo de un importante porvenir que puede ser provechoso para Italia».—Vimercati, muy bien instruido de lo que pasaba en las Tullerías, es más explícito aún dirigiéndose á Castelli, 16 de febrero de 1862: «El trono de México ofrecido á Maximiliano de Austria, es una concesión de la cual S. M. Imperial cuenta prevaleerse para que tengan, cuando sea tiempo, buen éxito sus proyectos de conciliación con el gabinete austriaco para la cesión de la Venecia».—NOTA DEL AUTOR.